

## PENA DE EXTRAÑAMIENTO

ENRIQUE LIHN  
PENA DE EXTRAÑAMIENTO



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Lihn, Enrique / Pena de extrañamientos

Santiago de Chile:  
Ediciones Universidad Diego Portales, 2017,  
1ª edición, p. 68, 18,5 x 26,5 cm.

Dewey: Ch861  
Cutter: F225  
Colección Poesía

Materias: Poesía Chilena  
Lihn, Enrique, 19xx-

PENA DE EXTRAÑAMIENTO  
ENRIQUE LIHN

© Enrique Lihn, 2017  
© Universidad Diego Portales, 2017

Primera edición: julio de 2016  
ISBN 978-956-314-353-9  
Inscripción n° 267.785 en el Registro de Propiedad Intelectual

Universidad Diego Portales  
Dirección de Publicaciones  
Av. Manuel Rodríguez Sur 415  
Teléfono: (56 2) 2676 2136  
Santiago – Chile  
[www.ediciones.udp.cl](http://www.ediciones.udp.cl)

Edición a cargo de Adán Méndez  
Diseño: Carlos Altamirano  
Foto portada:  
Impreso en Chile por Salesianos Impresores S.A.

## ÍNDICE

Pena de extrañamiento .....	11
Pascuas en Nueva York .....	16
El arte y la vida .....	19
Woman bathing in a shallow tub .....	20
El amanecer 1809 .....	21
Kandinsky 1904 .....	23
Olana .....	24
My Little dream child .....	27
La criatura .....	28
Ciego en el subway .....	29
El punto ciego del ojo .....	30
La risa abunda en boca de los jóvenes .....	31
La guitarrista más hermosa del mundo .....	32
Goddard 1980 .....	33
Para A .....	34
Cajas de Joseph Cornell .....	36
Manhattan, paso .....	37
Postal de la India .....	38
Me despido de Claudia, en Manhattan .....	39
Larga distancia .....	40
Asaltante nocturno (Nápoles 1965) .....	41
La efímera vulgata .....	42
Barrio Gótico .....	49
Gansos en el claustro .....	50
Hospital de Barcelona .....	51
Barca de los convalecientes .....	52

Los ángeles no lloran .....	53
Ojo de Barcelona .....	54
Duro a duro .....	55
De lo mismo .....	56
Los peregrinos de Emaús .....	59
Alicia en el país de las pesadillas .....	60
Migratorios .....	61
La disputa .....	62
Homenaje a María Rosa Lida de Malkiel .....	63
Disparan en la noche .....	64

## PENA DE EXTRAÑAMIENTO

## PENA DE EXTRAÑAMIENTO

No me voy de esta ciudad con la resignación de los visitantes en tránsito  
Me dejo atar, fascinado por ella  
a los recuerdos del presente:  
cosas que no tuvieron, por definición, un futuro  
pero que, ciertamente, llegaron a envejecer, pues las dejo a sabiendas  
de que son, tal vez, las últimas elaboraciones del deseo  
los caprichos lábiles que preanuncian la vejez.

En una barraca, cerca de Nueva York, el martillero liquidó el saldo de su  
negocio  
—un stock de fotografías antiguas—  
ofreciéndolas a gritos en medio de la risotada de todos:  
“Antepasados instantáneos”, por unos centavos  
Esos antepasados eran los míos, pues aunque los adquirí a vil precio  
no tardaron, sin duda, en obligarme a la emoción  
ante el puente de Brooklyn  
como si Manhattan, que se enorgullece de volatilizar el pasado  
conservándolo en el modo de la instigación a desafiarlo  
fuera mi ciudad natal y yo el hijo de esos antiguos vecinos de los que la  
voz gutural  
hace irrisión, y el martillo.

No me voy de esta ciudad sin haber amado aquí  
a la mujer que conocí y no conocí ni haber agotado la vida conyugal  
reflotando en el negocio de plantas o antigüedades.

La isla dispone de fantasmas artificiales  
con que llenar los huecos de la contra-historia

Ellos ocupan en la memoria, con la naturalidad que ésta se permite en  
relación a la nada  
el lugar de los verdaderos ausentes: caras que vi en las bouffoneries del  
Soho  
directement angeliques: esas muchachas caídas de la luna a la nieve  
vestidas de pierrot y sus acompañantes andróginos  
fueron y no fueron mis amigos de juventud  
Se congelan lágrimas que son de frío  
pero que memorizan, asimismo, a John Lennon  
Reconozco la nieve de antaño, que cae  
sobre Blecker Street en este día acrónico  
mientras se hace de noche a la velocidad simultánea del vuelo de un  
murciélago  
y pasan películas de mi tiempo en mi barrio.

Como si me retuviera algún negocio en la ciudad  
veo a Cary Grant e Irene Dunne  
que acaban de morir en una vieja comedia  
víctimas del capricho de uno de los primeros automóviles deportivos  
(la máquina del glamour)  
Sigo sus apariciones y desapariciones  
—una cita de Melies en la magia blanca y sonora de Hollywood—  
la sorpresa de esta pareja en otro tiempo ideal  
cuando el paisaje se espejea en ellos —los transparentes— por gracia del  
celuloide.

Como mis propios fantasmas, esos figurines inverosímiles  
evocan, de manera en sí misma realista —alguna época acrónica de lo  
imaginario  
Son los antepasados instantáneos de los deseos que provocan  
en la inocencia total de sus reencarnaciones o desplazamientos  
desde su absoluta lejanía en blanco y negro



El beso final no ocurre en la pantalla  
sino entre la pantalla y la media luz de la sala  
un corte insubsanable en que se juntan y se besan el presente y el  
pasado: labios incompatibles  
que ninguna comedia puede reunir.

Lo que me ata a la ciudad es todavía más irreal que ese beso  
blanco, que connota glamour, escrito en la luz centelleante  
(el placer del ojo en el paraíso de la visión artificial)  
haciendo el reconocimiento de cómo es lo que no es  
hic et nunc, en el Blecker Cinema  
Esta ciudad no existe para mí ni yo existo para ella  
allí, en ese punto en que los tiempos convergen  
bajo la especie de la Duración  
Existe para mí, en cambio, en la medida en que logro destemporalizarla  
desalojarla, por unos contrasegundos, de la convención que marca el  
reloj  
con sus pasitos de gato en la rutina del living  
Trabajo que Hércules no se soñaba  
en franca competencia con la Meditación Trascendental  
Si yo lo consiguiera, sentiría apoyarse desaprensivamente en mi brazo  
(el de Cary Grant) la mano enguantada  
pronta a desaparecer, de una muerta: Irene Dunne  
–Frisson Nouveau– y entre la pantalla y la media luz de la sala  
(borrado ya del tiempo el día de mi partida:  
dos de enero de mil novecientos ochenta y uno)  
Se tocarían (no) como para cualesquiera de los espectadores  
–gatos descongelados en el invierno de Nueva York–  
pasado, presente y futuro  
en una unidad de medida que reúna esos tiempos incompatibles  
para ellos y para mí, pero no para ellos: los veros vecinos de  
Washington Square.

A diferencia mía ellos permanecerán, de hecho, en la ciudad, con el  
aval de sus antepasados  
a quienes, a lo mejor, pusieron en subasta  
por unos centavos  
y que yo mismo adquiriré en una barraca.

De una memoria de la que mi memoria se hace cargo  
en la borrada fecha del dos de enero, mi cuerpo tomará el avión  
para hacer, en los meros hechos, de algunas calles cuyos nombres ya no  
recuerdo  
y de ciertos rincones que nadie volverá a ver  
recuerdos sin objeto ni sujeto  
Eso en lo que concierne a mi cuerpo, mientras el invisible ciudadano de  
esos rincones y esas calles  
tan innotorio como lo son, al fin y al cabo, entre sí  
diez millones de habitantes  
seguirá aquí, delegado por la memoria  
que llega a la aberración y toma entonces  
no sólo la forma de mi sombra:  
mi existencia hecha de algo que se le parezca  
Ese doble abrirá en mí un hueco que yo mismo no podría llenar  
con las anotaciones de mi diario de viajes  
No me proporcionará los estímulos a los que necesite responder  
cuando me pregunten en mi pueblo por la Megalópolis  
Vivirá en mí de ella, simplemente, como el huésped del mesonero  
coadyuvando a que mi vida sea  
una versión del discours sur le peu de réalité  
Porque la realidad estará allí donde ese parásito del ser se pasee  
gozando de su inanidad  
en tanto miseria sonora de estos versos y más allá del lenguaje  
y de la vida que me sustraiga mañana cuando como un cuerpo sin la  
mitad de su alma

despojado del terror que fascina, habite  
en cualesquiera de esas medio-ciudades, defectuosas copias de

Manhattan

y, por lo tanto, ruinas –nuestros nidos–  
antes, después y durante su construcción  
algunos de mis puntos de destino  
cuando me vaya y no me vaya de aquí.